

## Nuestro Sistema Sus Partes Blandas

—POR LORENZO MEYER—

**A** propios y extraños causa admiración la forma como nuestro sistema político está resistiendo los embates de la brutal crisis económica que padecemos. Tal parece que, como ciertos envases estadounidenses para medicamentos, está hecho a prueba de tontos e irresponsables. Sin embargo, como toda creación humana, tiene sus debilidades, sus partes blandas.

La pieza central del armazón político en el que vivimos es, obviamente, la Presidencia de la República. Es ésta la que le da, entre otras muchas cosas, unidad de propósito y de dirección al enorme aparato político y burocrático que se ha ido conformando a partir de la Revolución. En los amplios poderes de la Presidencia —que rebasan con mucho, e incluso contradicen, aquellos que se señalan en la Constitución— está uno de los secretos de nuestra estabilidad... y de nuestro autoritarismo; pero es justamente ahí en donde también se encuentra uno de los talones de Aquiles más evidentes de nuestra peculiar organización política. Veamos.

★

**L**A crisis económica actual es, en parte, producto de fallas estructurales que tiene raíces añejas. Ya desde hace mucho tiempo, análisis como los de Frank Tannenbaum o Sanford Mosk advirtieron algunos de los problemas de fondo que eventualmente podrían frenar el tipo de industrialización caótica y extraordinariamente protegida en la que se embarcó México a partir de la II Guerra Mundial. No se prestó oídos entonces a esas Casandras. Sin embargo, el tipo, magnitud y momento de nuestro actual desastre no se explica sólo por esas fallas estructurales; nuestra crisis no estaba escrita por el dedo de Dios.

Algunas de las decisiones y políticas que nos sumieron en el desastre fueron producto de la ineptitud presidencial. Ejemplos hay muchos; ahí está, por sólo citar uno, el pésimo manejo del tipo de cambio de José López Portillo. De no haber empeñado el Presidente su prestigio personal en mantener un tipo de cambio que sobrevaluaba en exceso al peso frente al dólar, se hubiera podido devaluar antes de 1982 y establecer un control de cambios, con lo cual se hubiera evitado una fuga de capitales de miles de millones de dólares que ahora son, simplemente, parte de nuestra gigantesca deuda externa.

SIGUE EN LA PAGINA NUEVE

UNA de las fallas graves de nuestro sistema político consiste en que, si por ineptitud, debilidad de carácter o mala fe, un Presidente se empeña en seguir una política errónea, no hay ninguna instancia que le obligue a modificar a tiempo el curso. Sólo la dura realidad en forma de crisis —política como en el 68, económica como la actual— es capaz de hacer volver a la realidad a un mandatario a quien la atmósfera enrarecida de un poder que parece ser casi absoluto le ha llevado a vivir en una fantasía. Lo malo es que la crisis no sólo golpea al mundo presidencial, sino que también al de muchos otros que, en sentido estricto, nunca tuvieron la oportunidad de influir un ápice en las decisiones que les habrán de afectar negativamente.

A nadie le descubrió nada nuevo si afirmo que ni el Congreso, ni el Poder Judicial sirven para nada como contrapeso a la Presidencia; que los miembros del gabinete —salvo contadas excepciones— no tiene la fuerza ni la capacidad para desalentar las políticas presidenciales que consideran erróneas; que el partido dominante —el PRI— no es más que una simple caja de resonancia de la voz presidencial; que el federalismo es una mera ficción; que las grandes organizaciones de masas, así como los exclusivos grupos de presión, son impotentes cuando confrontan directamente al jefe del poder ejecutivo.

En fin, como bien lo observa Montesquieu, al poder político —en este caso el del Presidente— sólo lo puede contrarrestar otro poder político y ese no existe entre nosotros, pues aquí hasta la acción de la débil oposición ha seguido en muchos casos los lineamientos dictados desde "allá arriba".

El excesivo poder del Jefe del Estado es un problema que se agrava por la naturaleza del proceso de selección de quienes ocupan el cargo. En el pasado, cuando la Revolución era un acontecimiento reciente, este proceso no era democrático pero sí muy darwi-

niano. Quienes se cruzaban la banda presidencial sobre el pecho ya habían salido bien librados de situaciones críticas, frecuentemente se habían jugado la vida, y contaban con personalidades recias.

Con la paz y la estabilidad, ese proceso de selección se burocratizó. En cierta forma, ahora se llega a la Presidencia por escalafón. Cada sexenio la ocupa un casi desconocido, pues como el recién llegado creció políticamente a la sombra de los presidentes anteriores, nunca tuvo voz propia, y por ello no hay elementos suficientes para saber cómo enfrentará las enormes responsabilidades de su cargo. Y una vez seleccionado el candidato oficial por el Presidente saliente ya no hay forma de dar marcha atrás: ese será el próximo Jefe de la Nación.

Lo más grave de todo, es que, dada la naturaleza de nuestro presidencialismo, los defectos de quien asume la jefatura del Poder Ejecutivo, se convierten por seis años en defectos de la institución presidencial, es decir, en defectos del corazón mismo de nuestro sistema político, los que, en circunstancias desfavorables, llevan a todo el país a callejones sin salida.

Como se ve, nuestro sistema político es resistente pero tiene serias fallas. Es de preocupar que en ciertos momentos sólo la fuerza de la crisis lleve al conductor del sistema a desistir de un empeño erróneo. El costo que hay que pagar para rectificar tales errores es simplemente muy alto, injusto y en cierto sentido criminal. En la antidemocrática concentración del poder en la Presidencia y en la burocratización del proceso de selección de quien ocupa tan alto cargo, hay dos partes blandas de nuestra estructura política, dos problemas de fondo de nuestro autoritarismo.